

## ¿Hacia la consolidación de relaciones trilaterales en América del Norte?

*Carlos Rico F.*

Detonar una reflexión amplia en torno del proceso de integración en América del Norte y sobre todo buscar sustentarla con argumentos novedosos no es sólo un acierto de la *Revista Mexicana de Política Exterior*, sino un reto. Como ha establecido la coordinadora de este número, dedicado a América del Norte, existe una cantidad importante de hechos que sugieren que la región norteamericana ha entrado en una nueva fase que plantea desafíos fundamentales para la política exterior mexicana.

La coyuntura internacional y las circunstancias regionales actuales ofrecen claves relevantes a este respecto. Las expectativas generadas por la toma de posesión del 44 presidente de Estados Unidos alimentan la convicción de quienes están convencidos de la necesidad y la viabilidad de un replanteamiento ambicioso de la idea regional. Esta visión optimista se basa en iniciativas de la presente administración, orientadas a transformar la manera en que ese país encara algunos temas claves en su política pública. Destacan a este respecto una nueva actitud sobre los temas de energía y cambio climático; la forma en que la agenda regional ha incluido explícitamente el bienestar de las sociedades como objetivo central, a la par de los conceptos más tradicionales de seguridad y competitividad

económica, y un discurso más autocrítico del nuevo gobierno estadounidense en temas como el crimen organizado.

Un análisis detallado de cada tema regional nos recuerda, sin embargo, que la agenda trilateral agrupa temáticas fundamentalmente estables, por lo que la continuidad y, en el mejor de los casos, el cambio gradual en los mecanismos de diálogo sólo podrían ser superados mediante severos golpes de timón en la conducción de las relaciones entre los tres países.

Diversos factores matizan desde esta óptica la lectura optimista: la severidad de la crisis económica internacional limita los márgenes de acción en los tres gobiernos; los complejos equilibrios de poder que se viven en México, Estados Unidos y Canadá hacen difícil lanzar iniciativas novedosas y por tanto potencialmente controvertidas; las realidades sociales, económicas y culturales diferenciadas de los tres socios contribuyen también a constreñir la posibilidad de cambios dramáticos en las relaciones trilaterales.

Es fundamental, por último, recordar la distancia que existe entre, por una parte, la institucionalización de la agenda trilateral, la cual ha tenido un desarrollo modesto, más allá del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y sus acuerdos paralelos y, por otra, las respectivas agendas y foros bilaterales más activos y dinámicos. En ocasiones esta distancia lleva a posiciones escépticas sobre las posibilidades reales de un avance significativo del ideario regional. No debe sorprender que los argumentos pesimistas sobre el proceso de integración de la región regresen una y otra vez al debate público, contrastando la creciente importancia que tanto para México como para Canadá tiene su relación con Estados Unidos, con el también creciente, pero aún limitado, espacio que en sus respectivas agendas ocupa la relación México-Canadá.

Es cada vez más difícil negar la existencia de una red de intereses reales comunes que van desde el crecimiento económi-

co regional hasta la aplicación de la ley para limitar espacios de impunidad; desde la seguridad energética, hasta el interés por lograr políticas regulatorias comunes; desde la búsqueda de mayores capacidades para competir, hasta una nueva era de coincidencias frente a desafíos generados por el crimen organizado, las emergencias sanitarias o los desastres naturales.

Estas realidades desplazan gradualmente los focos de desconfianza que la historia y el prejuicio cultivaron durante largos años en las tres naciones. Las generaciones recientes entienden con gran claridad la necesidad de una mayor unidad regional frente a los desafíos del nuevo entorno global.

América del Norte es hoy, sin embargo, mucho más que una expresión geográfica o económica. El proceso de integración trilateral se sostiene, cada vez en mayor medida, en una interacción social palpable, creciente y cierta. La Cumbre de Líderes de Guadalajara tomó una decisión importante a este respecto al dar la bienvenida a las contribuciones no sólo de “las empresas, tanto grandes como pequeñas”, sino a “grupos de la sociedad civil, de organizaciones no gubernamentales, académicos, y expertos, entre otros”. Los líderes consideraron necesaria una mayor interlocución con una gama más amplia, más representativa y más activa de actores de la sociedad de los tres países. Un elemento definitorio del proceso de consolidación de las relaciones norteamericanas en el futuro deberá ser, por tanto, la inclusión cada vez más intensa y concreta de los actores de la sociedad civil.

Ha llegado el momento de que, sobre bases más amplias, la región identifique y ponga en práctica acciones dirigidas expresamente a dotarse de mayor identidad. América del Norte está en posibilidad de definir posiciones y visiones regionales frente a los temas más complejos del nuevo orden global en formación. Para explorar adecuadamente estas visiones regionales y explotárlas en beneficio de los grupos mayoritarios de nuestra pobla-

ción, los diversos sectores sociales y políticos de México deberán entrar en un proceso de diálogo y debate abierto y plural que nos permita identificar las razones y los desafíos de una vocación regional norteamericana clara.

Celebro el esfuerzo de la *Revista Mexicana de Política Exterior* para proporcionar elementos que contribuyan a iluminar este necesario camino de reflexión.

21 de septiembre de 2009